

---



**JUAN GARCÍA PONCE**



**Tajimara**

Voz del autor

**VOZ VIVA**  
DE MÉXICO

---

*Coordinación de Difusión Cultural*

Ignacio Solares

*Dirección de Literatura*

Malena Mijares

*Voz Viva*

Mauricio Molina



VV-28

DR © 2001, Universidad Nacional Autónoma de  
México, Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

---



**JUAN GARCÍA PONCE**



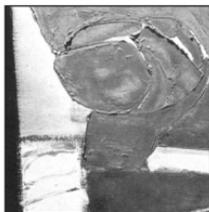
**Tajimara**

Selección del autor

Presentación de  
**Christopher Domínguez Michael**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



**Juan García Ponce** (Mérida, 1932) es un autor imprescindible de la literatura mexicana contemporánea. Su obra comprende el cuento, la novela, el ensayo literario y la crítica de las artes plásticas. Es autor de múltiples libros, entre los que se cuentan las novelas *La presencia lejana* (1968), *Crónica de la intervención* (1982), *De ánima* (1984), *Inmaculada o los placeres de la inocencia* (1989) y *Pasado presente* (1993); los libros de cuentos *La noche* (1963), *Imagen primera* (1963) y *El gato y otros cuentos* (1984); los volúmenes de ensayos *Desconsideraciones* (1968), *Thomas Mann vivo* (1972), *La errancia sin fin: Musil, Borges y Klossowsky* (1981) y *Tres voces* (2000). Recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes en 1989 y el premio Juan Rulfo de Literatura en 2001.

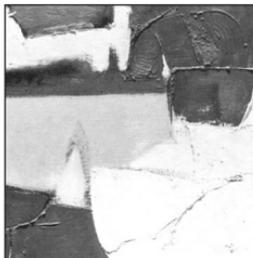
---



## CONTENIDO

Presentación	7
CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL	
Tajimara	22

TIEMPO TOTAL [32'35"]



**Christopher Domínguez Michael** (Ciudad de México, 1962) es crítico literario, ensayista y narrador. Es autor de la *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX* (1989 y 1991), *La utopía de la hospitalidad* (1993), *Tiros en el concierto* (1997), *William Pescador* (1997), *Servidumbre y grandeza de la vida literaria* (1998) y *La sabiduría sin promesa* (1998).

---



## Presentación

Christopher Domínguez Michael

Juan García Ponce (Mérida, Yucatán, 1932) concita una devoción insólita entre los escritores mexicanos. Tirios y troyanos, letrados y pintores de diferentes corrientes artísticas y políticas, dueños de caracteres fuertemente contrastados, solemos hacer una tregua de admiración ante García Ponce: su amor a la literatura está por encima de nuestras querellas.

Novelista y cuentista, dramaturgo, crítico de arte, traductor y ensayista, García Ponce es un maestro de tres generaciones de escritores. En hora temprana, Emmanuel Carballo vió en García Ponce al “director espiritual” de su generación, que, simbolizada por la Casa del Lago, nació como protagonista

---



de su obra; hoy, escritores ya fallecidos, como Inés Arredondo y Juan Vicente Melo, nos siguen hablando, de una manera felizmente fantasmagórica, a través de él. Más tarde, los nacidos durante el medio siglo encontraron en García Ponce a un ingenio iniciático y a un amigo ejemplar. Y no dudo que algunos de quienes nacieron junto a novelas tan emblemáticas de García Ponce como *El nombre olvidado* (1970) o *Crónica de la intervención* (1982), acaben por convertirse en lectores de una obra que es, venturosamente, un libro por venir, como diría Maurice Blanchot, pues es probable que sus verdaderos exégetas estén en el futuro.

El magisterio de García Ponce es consecuencia de una estética de los sentidos. Octavio Paz dijo, en un texto memorable, que para García Ponce la vista es el sentido rey, como lo fue para los filósofos de la Antigüedad. No hace mucho escuché decir a

---

Jorge Volpi, nacido en 1968, que para él la de García Ponce había sido una voz. Junto a la vista y la voz, cualquier lector de sus cuentos y novelas sabrá que el tacto, regente del comercio entre los cuerpos, preside un universo obsesionado por el erotismo.

García Ponce ha sabido ser maestro, desde su literatura y desde su pasión como crítico. Pocos como él nos han enseñado a leer internándonos, guiados por sus entusiasmos, en autores hoy canónicos cuya enumeración es conocida, aunque va más lejos de Robert Musil, Pierre Klossowski y Georges Bataille, incluyendo a Cesare Pavese, José Bianco, José Lezama Lima, Rainer Maria Rilke, Vladimir Nabokov, Henry Miller... Con la mirada de García Ponce tras la espalda hemos leído, y volveremos a leer, mucha de la gran literatura del siglo xx.

Exceptuando sus monografías y ensayos sobre pintores como Rufino Tamayo, Juan Soriano, José Luis Cuevas, Manuel



---

Felguérez, Alberto Gironella, Vicente Rojo, Roger Von Gunten, Fernando García Ponce, Lilia Carrillo, Gabriel Ramírez, Francisco Corzas, Arnaldo Coen, José, Miguel y Francisco Castro Leñero, Gabriel Macotela, Federico Amat e Irma Palacios, la obra crítica de García Ponce sobre la literatura mundial es significativa.

A diferencia de tantos viejos lectores, García Ponce no sólo se demora en sus querencias fundacionales, sino agrega nuevas pasiones a su catálogo, como puede verse en su reciente producción ensayística, como *Una lectura pseudognóstica de Balthus* (1987), *Imágenes y visiones* (1988), *Ante los demonios* (1993) o *Tres voces* (2000), donde aparecen novedades y relecturas que incluyen a Marcel Proust, Thomas Mann, Ernst Jünger, Malcolm Lowry, Rafael Humberto Moreno Durán, Elias Canetti o Sergio Pitó. En poco tiempo, sin duda, las lecturas críticas más recientes de García Ponce se sumarán a ese

---

inventario.

Lector en principio y al fin, García Ponce, está presente, gracias al ánimo antes que a la lección dogmática, tanto en antiguas alumnas suyas, hoy abuelas, como en muchos de los escritores mexicanos más influyentes, lo mismo que en ese puñado de lectores fieles en quienes descansa el destino de toda literatura. Como Borges, García Ponce ha sido un lector agradecido y estoy seguro que se enorgullece, esencialmente, de las mujeres que ha amado y de los libros que ha leído.

Las novelas de García Ponce son catorce, desde *Figura de paja* (1964) hasta *Pasado presente* (1993). En ese lapso aparecieron *La casa en la playa* (1966), *La presencia lejana* (1968), *La cabaña* (1969), *La vida perdurable* (1970), *El nombre olvidado* (1970), *El libro* (1970), *La invitación* (1972), *Unión* (1974), *El gato* (1974), *Crónica de la intervención* (1982), *De Anima* (1984) e *Inmaculada o los placeres de la inocencia*

---

(1989). Todas ellas responden a un cúmulo de obsesiones que, condenadas irremediabilmente a repetirse, han dado como resultado libros fallidos y obras maestras.

En varias ocasiones he insistido en esa deuda pendiente que tenemos con *Crónica de la intervención*, nuestro jardín de los suplicios, una de las grandes novelas hispanoamericanas, que encontrará su lugar en compañía de *Adan Buenosayres*, de Leopoldo Marechal, *Paradiso*, de José Lezama Lima, *El museo de la novela de la eterna*, de Macedonio Fernández, *La pérdida del reino*, de José Bianco, y otros monumentos novelísticos en lengua española cuya exploración ha ahuyentado a los pusilánimes.

Me une a García Ponce un doble afecto, de lector y de crítico. El primero ha quedado explícito en las líneas anteriores; el segundo se debe a que Juan —en esta ocasión me permito uti-



lizar su nombre propio— es uno de los poquísimos escritores que escapan a la dictadura celosa y amarga de la vanidad herida. Cuando él nos invita a leerlo, entiende que es para criticarlo, pues sabe que sin crítica no hay literatura, y en su entorno la exige y la festeja.

Si García Ponce ha escrito novelas fallidas, en sus cuentos es difícil echar de menos la esencia de su literatura, obra de un escritor erótico que contempla las subastas sangrientas y las alegrías seminales que unen y separan a los cuerpos. Su erotismo es técnicamente sádico, una retórica más que una moral de la ambigüedad, donde García Ponce se complace en la repetición mecánica de sus entuertos, hasta que su romanticismo, felizmente corrompido por Musil o trastocado en clasicismo por Tanizaki, lo devuelve a la evocación del Eterno Femenino.

Autor de una veintena de cuentos divididos en cinco libros, los *Cuentos completos* (1997) de García Ponce incluyen *La*

---

*noche* (1963), *Imagen primera* (1963), *Encuentros* (1972), *Figuraciones* (1982) y *Cinco mujeres* (1995). Allí encuentro varios de los mejores cuentos de nuestra literatura secular, como “El gato”, “La gaviota” o “Enigma”, mis preferidos.

En esta grabación escuchamos “Tajimara”, cuento publicado en *La noche*, que llevado al cine por Juan José Gurrola en 1965, tuvo mucho de rito de pasaje para esa generación, cuyo dominio, entre perverso y desdeñoso, no ha cesado. Muchos han intentado, como ocurrió previamente con los Contemporáneos, desmistificar a quienes fueron mito por afinidad electiva confundiendo la crítica con la demolición. Han fallado. Amanece el siglo XXI y se puede decir que junto a García Ponce destaca, cada día con mayor precisión, la luz y la sombra de esa constelación de clásicos vivos de las letras mexicanas, que, nacidos hacia 1932, fueron y son artistas hasta la extenuación, críticos atronadores y rigurosos, ciudadanos valientes, almas

---

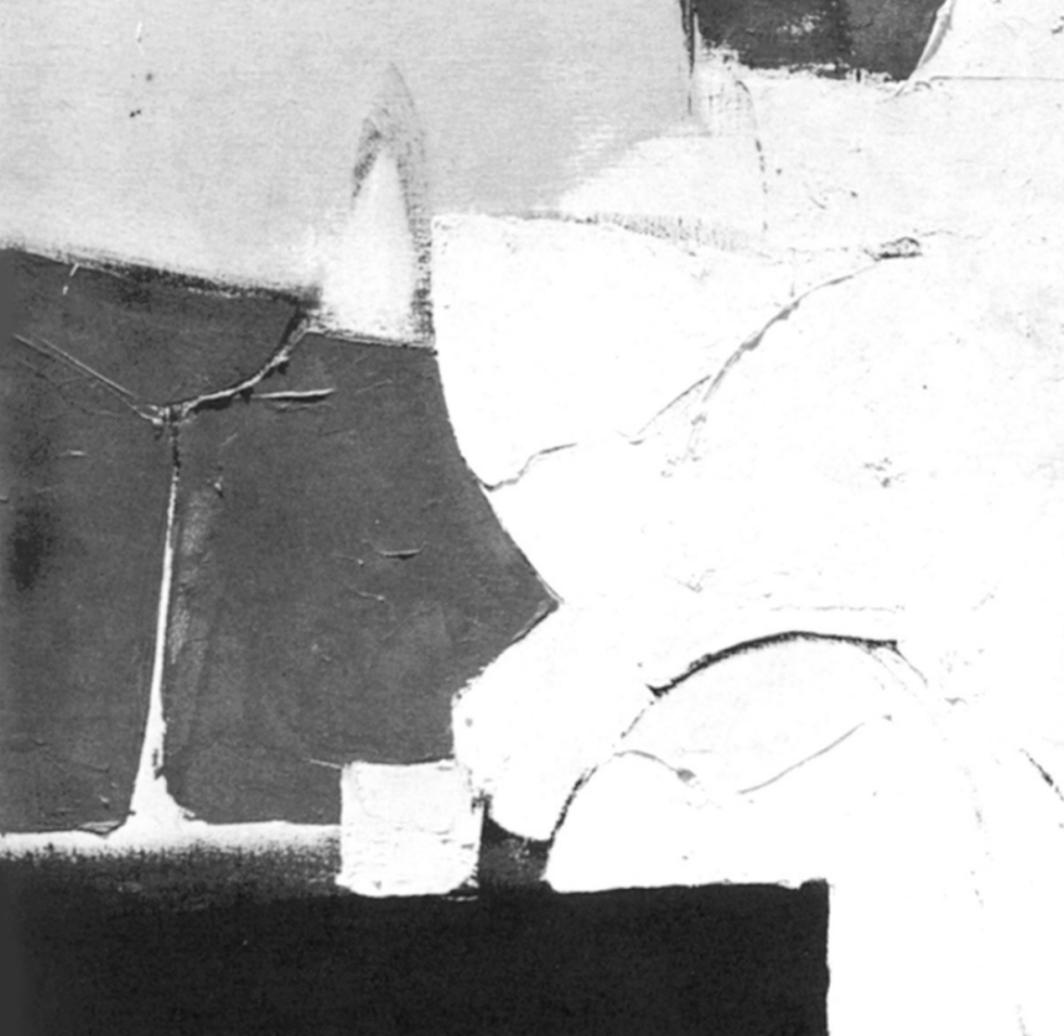
felices o atormentadas que ratificaron la naturaleza crítica y moderna de nuestra cultura.

Algunos, entre aquellos agonistas, se reconocen en “Tajimara”, evocación de una educación sentimental que acaso nos sea ajena pero que es, rigurosamente hablando, la de nuestros padres. En su día, la poeta y novelista Rosario Castellanos (1926-1974) resumió así “Tajimara”, relato que evoca el nombre de “de un pequeño pueblo, cercano a la capital, en el que dos hermanos pintores –Julia y Carlos– compran una casa y la acondicionan como estudio. Allí reciben a sus amigos (bohemos, inadaptados, intelectuales), entre los que se encuentra el narrador. Él tiene un propósito: contarnos lo que pasa con Julia, con Carlos, con sus amigos, con la boda de ella, con el viaje de él a Europa. Mas cada vez que lo intenta se le interpone Cecilia [hasta que] el narrador se traiciona y nos traiciona en su obsesión por Cecilia.”

---

En 1966 a Rosario Castellanos le agradaba “el lenguaje preciso, terso, donde ningún obstáculo retórico” nos hace tropezar. Poco después, García Ponce descubrió a Robert Musil y *El hombre sin atributos* trastornó su literatura, alejándolo de cualquier llaneza costumbrista y afilando sus obsesiones. García Ponce había inventado a su antecesor, presentado desde *La noche*, presente a través de cincuenta libros, que componen una obra que ha sabido ser precisa y desmesurada, casi lógica en su fidelidad a los motivos que un joven artista profetizó como destino.

Esta grabación es también un documento histórico, pues en ella García Ponce da lectura a “Tajimara”. Este cuento podría ser el punto de partida en un viaje, el demonio, el santo y la seña, de una geografía imaginaria. Volver a “Tajimara” es regresar a la imagen primera. La enfermedad dispuso que la escritura se convirtiera, para Juan García Ponce, en la vida misma, en su



---



única vida activa, como dijo Albert Béguin de otro escritor reducido por la fuerza a mantener unido el yo, gracias al acto mágico de escribir, contra la fragmentación del dolor. En un mundo donde todos parlotemos y pocos tenemos algo verdadero que decir, las palabras, llanas y sonantes, de García Ponce, no se escuchaban, debido a su enfermedad, desde hace lustros.

Esa ausencia, paradójicamente, da a su voz literaria la autoridad del eremita y este disco nos recuerda que atrás del artista como héroe hubo un joven escritor quien, al publicar “Tajimara” en 1963, comenzó esa interpolación incesante que resuena a lo largo de cierta historia de la literatura contemporánea de México, de la cual Juan García Ponce es, en buena medida, autor, cómplice y demiurgo.





Tajimara

---



En su coche, camino a Tajimara, Cecilia me dijo al fin el motivo de la fiesta: Julia iba a casarse y Carlos había organizado la reunión para “despedirse de la casa”. Asombrado, le pregunté quién era el novio. Dijo un nombre que no significaba nada para mí y luego me explicó que era un chileno al que podría aplicársele el aforismo de Shopenhauer sobre las mujeres: pelo largo e ideas cortas. Yo quería que me contara todo, pero con Cecilia eso era imposible; por encima de cualquier otra cosa adoraba la confusión y el misterio, y ésta era una oportunidad única. Contestó que no sabía nada, que ya los vería y me daría cuenta de lo que había pasado. Comprendí que era inútil intentar sacarle algo más y me dediqué a mirar la carretera en silencio. Estaba lloviendo y, vistos a través de los cristales empañados, los abetos sacudidos por el viento, las montañas pardas y el cielo gris y deslavado, parecían envueltos en una enorme bolsa de celofán. Antes, Cecilia y yo habíamos recorrido estos mismos

---



veinte kilómetros innumerables veces; pero el paisaje nunca me había parecido tan melancólico como ahora. En cierto sentido, que ella manejara siempre era casi simbólico. Me había guiado hacia donde ella quería todo mi vida y cuando después de seis meses de no verla se presentó de pronto para invitarme otra vez a Tajimara, no tuve ni siquiera tiempo de pensar en lo que sentía, acepté simplemente, consciente de que jamás sabría si la quería o la odiaba. Al manejar levantaba ligeramente la cabeza y la postura acentuaba la extraordinaria gracilidad de su cuello. Con su vestido verde, sin mangas, cerrado hasta el cuello, recto y pegado al cuerpo, se veía divina.

(Cuando la conocí usaba trenzas y a veces se las recogía en rodetes sobre las orejas. Todos los muchachos del barrio estábamos enamorados de ella y buscábamos continuamente pretextos para desahogar a golpes el odio que había logrado provocar entre nosotros sonriéndole cada día a uno diferente. Pero, con

---



el tiempo, cada quien se fue por su lado. Yo dejé de verla y un día supe que se había casado. Pensé en ella un momento como algo hermoso e irrecuperable y no traté de averiguar nada más. Mucho después volví a encontrarla en una tarde de lluvia como ésta, mientras yo atravesaba corriendo la Reforma. Me subí a su coche y nos fuimos a tomar un café. Mis padres habían regresado a Guanajuato y yo vivía con Mario en un departamento viejo, helado, apestoso y lleno hasta el tope de nuestras porquerías: libros, reproducciones, recortes de revistas, fotografías antiguas y la colección de arte indígena de Mario, que era antropólogo. No tenía un centavo y me pasaba el día traduciendo novelas policiales a cinco pesos la cuartilla, con la vaga esperanza de terminar la carrera algún día. Mientras la miraba, tratando de reconocer a la Cecilia de antes en esta nueva persona de gestos nerviosos, ojos inquietos y pelo corto, ella me contó que se había divorciado, perdiéndose en una

---

interminable historia sobre la tontería de su marido y su incapacidad para comprender las inquietudes de ella. Cuando terminó, yo casi sin darme cuenta empecé a hablar del amor que le tenía y de cómo me hacía sufrir. Sonrió encantada y comentó: “Yo te tenía muy en cuenta; pero estaba enamorada de Guillermo y sólo podía pensar en él”. Fue una verdadera revelación. Para mí Guillermo siempre había sido una más entre sus víctimas, y aunque los había sorprendido juntos muchas veces y sabía que a ella le gustaba, nunca pensé que hubiera algo especial entre ellos. Luego, Cecilia insistió en llevarme hasta mi casa. Habíamos hablado cerca de cuatro horas y al final yo no sabía quién era ni dónde estaba; el pasado se revolvía con el presente y sentía la misma emoción que diez años atrás cuando, por la noche, tiraba piedras a su ventana con la esperanza de verla un instante y, cuando salía, sólo me atrevía a decirle que necesitaba hablarle al día siguiente y me

---



alejaba furioso conmigo mismo por no haberme atrevido a decir más. Me dejó su teléfono y al cabo de una semana nos veíamos todas las tardes. Su forma de hablar me recordaba, a veces, a la Cecilia que paseaba conmigo por el Parque México en tardes afortunadas y no me dejaba tomarle la mano. Pero entre nosotros siempre había una especie de nostalgia por la inocencia perdida. En aquella época los dos éramos vírgenes y yo soñaba con tenerla noche y día; ahora ninguno de los dos nos perdonábamos no haber sido el primero y nos castigábamos mutuamente por eso. Sentado frente a la ventana, la veía llegar y salía a recibirla a la escalera. Apenas entrábamos ella se desnudaba, se ponía la bata de Mario y me enfurecía con frases como “nos estamos destruyendo” o “no podemos seguir juntos”. Representaba cada tarde un personaje distinto. A veces fingía que mi indiferencia la exasperaba y tiraba la cosas al suelo. “Me estoy dando a ti por completo, a ti, no te

---

hagas a un lado, no lo permito”. Un día rompió varias figuras de la colección de Mario y él, que estaba harto de pasarse las tardes fuera, tomó esto como pretexto y se peleó conmigo.)

Cecilia, cansada de mi silencio, se echó a reír de pronto. La conocía perfectamente y sabía que era sólo un pretexto para iniciar otra conversación, pero le pregunté de qué se reía.

–Estoy imaginando la cara de Guillermo cuando me vea entrar contigo –dijo.

–¿Va a estar allí? –pregunté, aunque sabía cuál iba a ser su respuesta.

–Sí. Por eso te traje.

Como lo esperaba. El eterno juego estúpido al que no podía dejar de prestarme, egomaniaco masoquista que había encontrado la pareja ideal. El tenue telón de la lluvia entre el campo amarillo y el cielo gris. La intimidad del coche en la carretera solitaria. Adivinando el cuerpo de Cecilia bajo la tela del vestido.

---



(Yo no podía pagar un departamento solo, pero no quería volver a ninguna casa de huéspedes. Al día siguiente le conté todo a Cecilia. Se echó a reír y me dijo que ella se ocuparía de encontrarme lugar. “Conozco mucha gente. Demasiada. No te preocupes”. Como siempre, tenía puesta la bata de Mario. Se la quitó y se subió al arcón de madera de debajo de la ventana. La lluvia afuera y el cielo gris con su figura recortada contra la ventana. “Llévame al cuarto, estoy helada”. Las tardes interminables en que yo trataba de hacerla gozar y el olor revuelto de nuestros cuerpos después de hablar horas enteras en la cama con las piernas entrelazadas, manchando con cenizas las sábanas. “A veces no siento nada. Es inútil. Siempre me ha pasado lo mismo. Estoy mal”. Siempre ¿con quién? Pero luego, con el sudor revuelto, me rodeaba la cintura con las piernas y yo la buscaba por dentro y después de revolverse y quejarse y suspirar se aflojaba al fin y murmuraba “gracias, gracias por

---



esperarme”. Consiguió el estudio de Julia y Carlos, que habían alquilado ya la casa en Tajimara, pero no querían perderlo y me lo subarrendaron por una cantidad ridícula. Era sólo una estancia, con las paredes manchadas de pintura y un olor permanente a tiner y a chapopote que fue imposible quitar, y un baño destartado; pero la ventana daba a un jardín viejo y melancólico, por las mañanas los gritos de los niños llegaban hasta nosotros y al atardecer veíamos a un viejo solitario que sacaba a mear a su perro. Cecilia inventaba historias interminables acerca de él. Entonces se pasaba el día entero conmigo. Yo no me cansaba de mirarla. “Tú, tú”. “No; ya no soy ésa. No sueñes, no inventes. Todo se acaba”. Pero cuando ella hablaba así era cuando yo más quería hacerlo durar. Bajábamos la escalera con mi brazo alrededor de su cintura para comprar un pollo en la esquina y en la calle había viento, los árboles se veían tristes, el cielo estaba gris, el ruido del tráfico se perdía



---

en el aire y la gente parecía extraña a nosotros, que después íbamos a hablar de una época muerta y a pensar por separado que, sin embargo, ya nada era igual.)

Las gotas repiqueteaban como municiones sobre el techo de lámina del coche. Cecilia siguió hablando sin mirarme, atenta al camino, limpiando de vez en cuando con la mano los cristales empañados.

—Pero no voy a regresar contigo. No íbamos a ningún lado así. Cuando éramos niños era diferente. Ahora no podía salir bien. Si nos hubiéramos casado entonces tendríamos diez hijos y seríamos felices. Pero yo le di todo lo de esa época a Guillermo y él no supo tomarlo. ¿Sabes lo que me dijo el doctor? Que los torturaba a ustedes por él y mi padre. Así me vengaba del poco caso que ellos me hacían.

(Cecilia, con el uniforme del colegio y una cinta azul en el pelo. Esperaba todas las mañanas a que ella saliera, siempre

---



con el temor de que fuera demasiado tarde y se hubiera ido ya, y luego la seguía sin atreverme a hablarle hasta que ella se volvía fingiendo sorpresa. La acompañaba hasta la puerta del colegio y me quedaba acostado enfrente, sobre el pasto, con la esperanza de verla asomarse por la ventana, pero primero sólo salían sus amigas, riéndose y empujándose mutuamente, y al final ella aparecía un instante y me hacía señas de que me fuera.)

–Y ahora ¿qué ganas con Guillermo?

–Me vengo en él directamente. Es mucho mejor.

–Tiene que haber algo más.

–Tal vez. Tal vez esté todavía enamorada de él. Quién sabe. ¿Sabes lo que me hizo el día que cumplí quince años? Nunca se lo he contado a nadie antes. Había estrenado vestido y lo estuve esperando toda la tarde, pero no llegó. Por la noche me habló por teléfono para decirme que ya no me quería y no iba a

---

verme más. Hacía un mes que me acostaba con él. Ahora es una tontería; pero entonces... No lo podía creer. Estuve hablando con él horas enteras, tratando de convencerlo, como una idiota, diciéndole que era imposible, que todos ustedes estaban ena-morados de mí y en cambio yo sólo lo quería a él. Y era verdad. Yo no sabía cómo eras tú en ese tiempo, ni tú ni nadie; sólo él. A ustedes no podía verlos.

–Veme ahora.

–No. Es inútil.

Con la lluvia había oscurecido de pronto, sin que viéramos meterse al sol. El coche estaba lleno de humo. Los cristales, convertidos en espejos, devolvían la figura de Cecilia del otro lado del coche, doblándola. Los brazos delgados, de niña todavía, extendidos hacia el volante; la suave curva de la nuca, con unos cuantos rebeldes pelos castaños saliéndose del peinado. Me acerqué a ella y le acaricié el cuello.

---

—¿Por qué no?

—No sé.

Le pasé suavemente la mano por el brazo y sentí cómo se le erizaban los vellos.

—Párate un momento.

Sin contestar ella arrimó el coche a la cuneta y paró el motor. En un momento la lluvia empañó por completo los cristales. Desde algún lado se oía correr un arroyo. Empecé a besarla. Primero ella se dejó hacer; pero luego me apartó, se inclinó sobre el volante y apoyó la cabeza en los brazos. Le puse la mano en la rodilla y la subí por los muslos.

—¿Traes algo debajo?

—Sí —dijo ella, sin levantar la cabeza.

Subí la mano hasta el fin y la acaricié hasta que la tela se humedeció. Entonces, con la otra mano, empecé a bajarle el cierre del vestido, por la espalda. Le desabroché el sostén, la atraje

---

hacia mí y le acaricié el pecho, apretándole el pezón con los dedos.

–No –dijo ella.

Pero bajó los brazos y se dejó sacar el vestido hasta la cintura y luego levantó las nalgas para que se lo quitara por completo. La acaricié despacio, sintiéndola estremecerse y tirar de mí para que me acercara a ella.

–Entra. Pero salte antes. No quiero que pase nada.

Pero ésta no es la historia que quiero contar. La otra, la de Julia y Carlos, significa realmente algo. Lo mío y de Cecilia es distinto y además ella no se llama Cecilia y en todo lo que he dicho hasta ahora hay algo falso, aunque los sucesos sean verdaderos. No he hablado de los proyectos que pensamos realizar, ni de la mágica complicidad, ni de cómo empezó todo en realidad, ni he logrado que ella, la Cecilia verdadera, se vea tal cual es: niña frágil, absurda, tímida y descarada, exasperante, imposible, exigente y débil, sorprendente siempre y desespe-



radamente independiente, inasible, tan difícil de penetrar y tan desequilibrada, y a veces, también, tan tonta, empeñada en vivir en una edad irrecuperable y tratando siempre de cambiar el sentido de sus actos, hablando todo el tiempo sin decir nada y con una mirada que de pronto parecía abarcarlo todo, con la pasividad inagotable de la luna. La primera vez que la llevé al departamento todavía no la había besado nunca en mi vida. Hasta entonces nos citábamos en cafés o simplemente en cualquier esquina conocida, porque ella no quería que fuera a buscarla a su casa. “Ésa era otra época, no debes volver por allí.” Un día me dijo que quería ver cómo vivía y yo le prometí llevarla al día siguiente. Le expliqué todo a Mario y conseguí que me dejara el departamento libre. Pasé por Cecilia a un café y ella manejó hasta la casa. Llevaba pantalones y mientras subíamos la escalera le metí la mano por la espalda, por debajo del suéter. Pero después, adentro, los dos estábamos muy turbados. Tuve

---



que enseñarle, una por una, todas mis cosas y responder a las preguntas más absurdas acerca de ellas, como si cada una fuera el objeto más extraño e incomprensible. Cuando no hubo más que hablar sobre el departamento, Cecilia se sentó en un sillón, lejos de mí, y empezó a hablar de su matrimonio, sin dejarme intervenir para nada. Yo la escuchaba aburrido y desilusionado, distraído, sin detenerme a pensar en si lo que me decía era verdad o mentira; de todos modos, la historia era absurda. Al fin se levantó para irse y entonces me acerqué a ella y la besé. Al principio pensé que tenía los labios demasiado delgados y en cierta forma era una desilusión, pero de pronto ella me metió la lengua en la boca y se apretó contra mí y me olvidé de todo. La desnudé allí mismo, la llevé al cuarto y me desvestí mirándola mientras ella se acariciaba. El pasado, el presente, todos los años que había vivido tranquilo, sin pensar jamás en Cecilia. Ese día terminamos al mismo tiempo y luego desnudos, en la

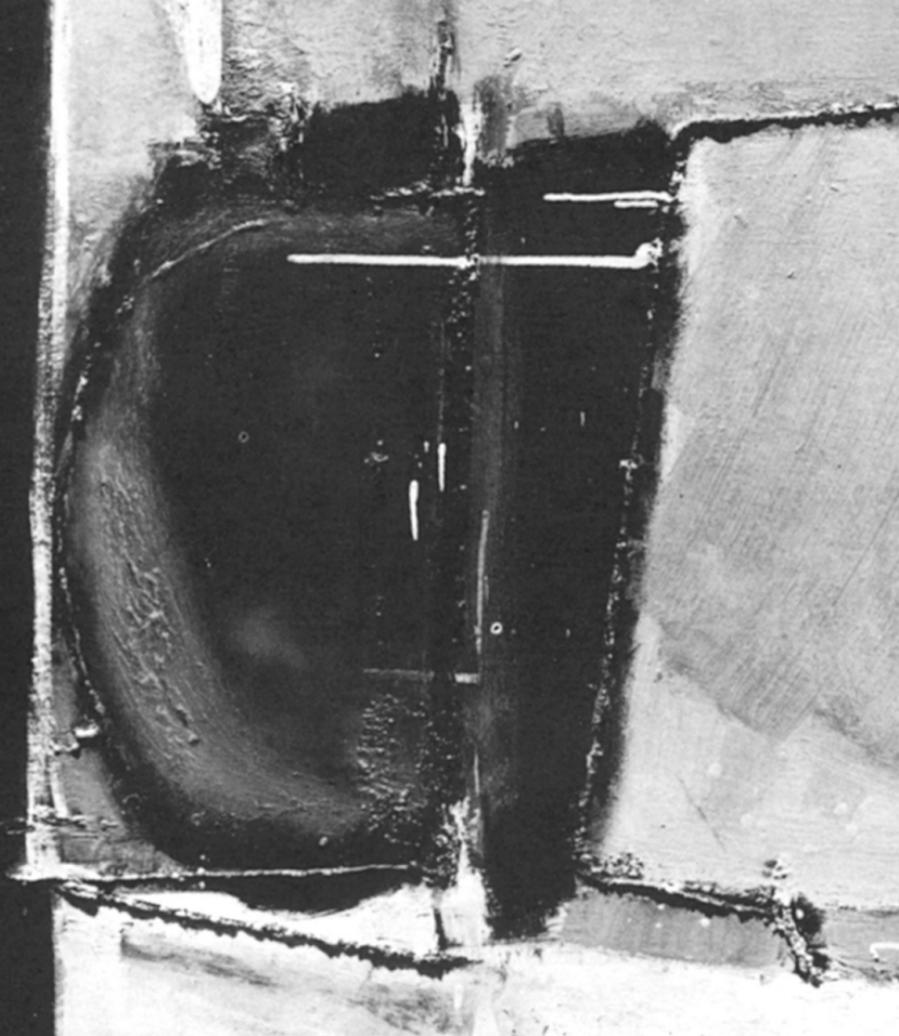
---



cama, le hablé de todo lo que la había querido. “No te conocía, no me daba cuenta, hubiéramos sido felices”, decía ella y yo sentía que la quería tanto como entonces; pero luego, por la noche, a solas, después de contárselo todo a Mario, pensé que había sido una tontería. Ella ya no era la misma, ni yo era el que había sido y la actual Cecilia no me interesaba. Sin embargo, siguió viniendo y me enamoré de ella o tal vez, simplemente, volví a encontrarla. Su conversación me exasperaba; pero apenas se iba empezaba a extrañarla. Me contó que desde su divorcio iba con un psicoanalista y propuso que desde el principio nos contáramos todo lo malo que pensáramos uno del otro para que nuestra relación fuera verdadera. Tuve que decirle que al principio sólo quería acostarme con ella y me contó detalladamente con quiénes y cómo se había acostado. El resultado fue que ninguno de los dos nos lo perdonamos nunca, y eso no lo confesamos. A veces hablábamos de casarnos e irnos a Puerto

---

Vallarta o a no sé qué pueblo de la costa de Colima del que Cecilia había oído hablar. Yo enviaría por correo las traducciones y estaríamos todo el día en traje de baño sin que nada se interpusiera entre nosotros. Pero veíamos todo como algo vago y lejano, que en el fondo sabíamos que nunca se realizaría. En el estudio, Cecilia se ponía un suéter y unos pantalones viejos míos e intentaba, sin éxito, poner un poco de orden o preparar algo de comer, aunque siempre era yo el que terminaba friendo los huevos porque ella le tenía miedo al aceite hirviendo. Me llevó a su casa. Sentí una sensación extraña al reconocer los muebles de la Cecilia de antes, y conseguí que me regalara la pequeña mesa de su cuarto para tener siempre algo suyo junto a mí. Luego nos llevamos el álbum de las fotografías y nos pasamos tardes enteras repasándolo, tratando de convencernos de que el tiempo no había pasado y éramos los mismos, aunque ella jamás quiso dejarme ninguna de sus fotos antiguas y se llevaba



---

conigo el álbum cada vez. Pero, a pesar de la intimidad, las conversaciones interminables y los paseos por las calles, bajo la lluvia, en tardes grises y rosadas, sintiendo la ciudad, solos y realmente unidos, todavía no sé cómo es Cecilia, cuál de todas es Cecilia y sólo su figura está siempre presente. Cecilia desnuda, de pie sobre el arcón de Mario (eso ya lo dije); Cecilia con los tirantes del sostén bajados para que yo viera cómo se veía en bikini; Cecilia en el sofá, dejando que la mirara; en pantalones, con la gabardina encima; en el coche, diciéndome adiós, un breve escorzo de la mano y la sonrisa; en las fiestas, sin nada debajo del vestido, como yo se lo había pedido; discutiendo con Clara en la carretera, olvidándose de que iba manejando, después de estar con Julia y Carlos en Tajimara. (Es inútil.) Julia y Carlos son hermanos.

Cecilia había conocido a Julia en no sé qué clase de pintura. (Cecilia había hecho de todo) que las dos tomaban juntas. Enton-

---



ces Carlos estaba fuera de México, estudiando también. Cuando regresó alquiló el estudio para él y para Julia y presentaron una exposición. Vendieron algunos cuadros y dos o tres críticos los elogiaron, especialmente a ella y su padre, entusiasmado, les dio el dinero para comprar la casa en Tajimara. Se parecían mucho, aunque ella era un poco más alta que él. Cecilia y yo los ayudamos a trasladar sus cosas y luego los visitamos de vez en cuando.

(Los viajes en el coche, sentado al lado de Cecilia, por las tardes, sin pensar en nada, mirando los árboles amarillos y las flores en las lomas y luego las montañas pardas, verdes y azules diluyéndose con el fin del día.)

La casa tenía ventanas con barrotes de hierro y un hermoso y descuidado jardín en el centro, pero llevaba años deshabitada. Los pisos estaban levantados y el techo tenía una imprevisible cantidad de goteras. Julia y Carlos pintaban en todas las habi-

---

taciones y hasta en el enorme patio del fondo entre los manzanos y las higueras. Hacía mucho frío. Por la noche prendían la chimenea y la estancia se llenaba de humo. Los visitaba mucha gente y todos terminaban borrachos, con los ojos enrojecidos por el humo y los pies helados. Conversaciones de este tipo:

–En el mundo, menos húngaro, se puede aprender todo.

–Yo pinto con música africana en el tocadiscos. A todo volumen. El ruido atrae la inspiración.

–Vamos a desnudarnos todos.

–¿Te has acostado con ella?

–Strindberg. Strindberg, no hay más. Y entre todas sus mujeres, Adele.

En el pueblo todos se reían de Julia y Carlos. Ellos nos recibían manchados de pintura de la cabeza a los pies, y se reían más que nadie, pero se vigilaban mutuamente, y sólo se quedaban tranquilos cuando los dejábamos solos otra vez.

---



Carlos tenía que soportar el asedio de Clara y a Julia la perseguían todos; pero ellos no miraban a nadie. Ésa es la historia que quiero contar. Cecilia y yo la descubrimos durante un fin de semana. Habíamos llegado el sábado a mediodía y mientras ellos pintaban nos fuimos a la huerta. Acostados bajo los árboles, dejamos pasar la tarde. Hacía más de cinco meses que estábamos juntos y aunque yo estaba harto de la gente de Tajimara ella me arrastraba siempre hasta allí.

Clara se había hecho íntima amiga suya y no nos dejaba en paz. La recuerdo en el coche, de regreso de Tajimara, incansable, hablando sin parar, después de haber estado bebiendo toda la noche, sentada en el asiento de atrás, con los codos apoyados en el respaldo de nuestro asiento, mientras yo dormitaba con la cabeza apoyada en el vidrio.

—El artista tiene que ser libre. Eso es lo admirable de Julia y Carlos. No se paran ante nada. Y eso se ve en sus cua-

---

dros. A mí que no me hablen de responsabilidad ni de ninguna de esas tonterías. Vivir y expresarse; crear, eso es lo único que cuenta ¿verdad, Cecilia? Míralo. ¡Dormido! ¿Cómo lo soportas? No le importa nada. Y lo peor es que debe tener algo adentro; pero con esa indiferencia es imposible sacarle algo. Despierta, tú. Dime qué piensas del mundo, qué esperas, qué le exiges. Habla.

Y etcétera.

Aquella tarde Cecilia estaba en shorts y los niños del pueblo se asomaban todo el tiempo por encima de la barda para verla. Luego llegó Julia.

—Vengan a ver mi último cuadro.

Era una gran tela negra con una mancha roja en el centro en la que el empaste producía una obsesionante sensación de movimiento. A través de la puerta se veía a Carlos en el cuarto siguiente, absorto, manchando otra gran tela de verde. Julia se alejó

---

unos pasos de su cuadro para mirarlo otra vez y llamó a Carlos.

–Ven a ver esto antes de que se acabe la luz.

Él se acercó y se paró a su lado.

–¿Qué tal? –preguntó ella.

–Muy hermosa –dijo él, mirando a Julia.

Y de pronto le pasó el brazo por los hombros y la besó en el cuello. Después, como si hasta entonces se diera cuenta de que Cecilia y yo estábamos allí, se apartó turbado.

(Y en cambio, el domingo, Clara se presentó con Guillermo que no tenía nada que hacer allá. Al principio él ni siquiera se dio cuenta de quién era Cecilia y sólo la reconoció cuando se la presentaron. “Te cortaste las trenzas”. “Sí, claro”, dijo ella. Yo la miré. Estaba pálida. Cuando todos estábamos borrachos, bailó con él y dejó que la llevara al patio. Luego regresaron y ya no le habló más.

(Se puso a bailar conmigo y me dijo que era un perfecto

---



imbécil; pero bebió más que nadie, y al final estaba tan borracha que tuve que manejar yo. Salimos todos al mismo tiempo y Guillermo intentó subirse a nuestro coche. Arranqué antes de que abriera la puerta y lo dejé con Clara. En el camino Cecilia se puso a llorar de pronto y me pidió que parara y nos acostáramos, pero yo sabía que los otros venían atrás y no le hice caso. Entonces se quedó dormida, con la cabeza apoyada en mi hombro, tapándose con la gabardina. Poco antes de llegar a la caseta empezó a amanecer. Había neblina, pero abajo la ciudad se veía rosa y anaranjada. Frente al Panteón de Dolores estaban instalando los puestos de flores. Las calles estaban vacías y el silencio sólo era interrumpido por el paso de los primeros tranvías y el lento rodar de los carros de barrenderos. Frente al estudio, en un rincón del parque, un perro flaco revolvía un montón de basura. Los columpios colgaban inmóviles y alguien dormía sobre una banca, envuelto

---



en periódicos. Dejé a Cecilia dormida en el coche y me fui a la farmacia de la esquina a hablar por teléfono a su casa. Contestó su madre. Le dije que Cecilia se iba a quedar en Tajimara un día más y me había encargado que le avisara. Yo no podía llamarle después y por eso... Ella estaba muy asustada, y furiosa. Me preguntó quién era, le di un nombre inventado y colgué antes de que empezara a lamentarse. Regresé al coche y traté de despertar a Cecilia, pero fue inútil; movía la cabeza y se quejaba, pero no abría los ojos. Entonces, así dormida, la saqué del coche, me puse su brazo alrededor de los hombros, la tomé de la cintura y la subí hasta el estudio casi a rastras. Allí, la acosté en la cama, vestida, y me senté frente a la ventana, muerto de cansancio pero incapaz de dormir.

(De vez en cuando me volvía a mirarla; había vuelto a dormirse profundamente. El ceño fruncido hacía que toda su cara tuviera un aspecto malhumorado. La noche anterior yo

---



había dormido por primera vez junto a ella y nos habíamos levantado juntos. Nos habíamos dormido abrazados, pero durante el sueño nos separamos y durante toda la noche apenas me daba cuenta, inconscientemente, estiraba el brazo buscándola. Por la mañana se había puesto mis pantalones y mis camisas y me había obligado a correr desnudo hasta el baño detrás de ella. Yo debería haberle hablado durante uno de nuestros paseos por el Parque México y deberíamos habernos casado entonces, cuando teníamos quince años, y tener ahora los diez hijos que ella decía, aunque nos hiciéramos viejos prematuramente. Entonces la necesitaba ya y entonces las cosas hubieran salido bien. A cualquier edad se puede necesitar a una persona, antes de tener experiencia, antes de tener nada y yo la quería como ahora, tal vez mejor que ahora. Cualquier cosa es mejor que una necesidad que nunca es satisfecha.

(Cerca del mediodía, ella despertó y me llamó a su lado.



---

Me había quedado dormido en el sillón, con la cabeza apoyada en la mano izquierda. Me senté en la orilla de la cama y ella, con el pelo revuelto, despintada y con los ojos hinchados, me preguntó qué íbamos a hacer. “Nada”, contesté. “Abrázame”, dijo ella. La besé en los labios secos y me acosté a su lado. Después nos bañamos juntos y la obligué a tomar café y un huevo frito y, más tarde, apagamos los cigarros sobre las manchas amarillas que habían dejado las yemas en los platos. Era una de esas tardes grises en las que, sin embargo, no llega a llover realmente, sino que sólo de vez en cuando caen algunas gotas gruesas y uno se queda con la sensación de que ha faltado algo o algo se ha frustrado, algo que de alguna manera nos disminuye. Le había dicho ya que había hablado con su madre, pero al anochecer se empeñó en irse. No quiso que la acompañara hasta su casa y nos despedimos junto al coche, donde la besé, apoyándola contra él. Luego me quedé allí, mirándola

---



alejarse. Ella, antes de dar la vuelta a la esquina, sacó la mano por la ventanilla y me dijo adiós. En el estudio, las sábanas sucias y revueltas guardaban el olor de su cuerpo. Después me dijo que esa misma noche Guillermo le había hablado por teléfono y habían salido juntos.

(Empecé a esperar todas las noches frente a su casa. El sabor amargo en la boca, la rabia y el desprecio por mí mismo. Horas enteras, inacabables, convenciéndome a mí mismo: “Cinco minutos más”; y luego: “No voy a irme ahora, cuando ya no puede tardar, me quedo hasta que llegue.” Le escribí una carta: “Cecilia, es una tontería, no ha cambiado nada, no te inventes cosas, estábamos muy bien, no tienes de qué vengarte ni sabes lo que estás haciendo, eso no importa y te quiero, ven, déjame hablarte.” La vergüenza de tener que esconderme detrás de cualquier cosa cuando ella llegaba con Guillermo y el odio el día que los encontré caminando, del brazo. “¿Qué haces por aquí?”

---

“Nada... La casa de un amigo.” Mirando a Cecilia para que ella entendiera. Me fue a buscar al día siguiente, pero no subió al estudio sino que me llevó a dar una vuelta en el coche. “¿Lo quieres?” “No.” “¿Te quiere?” “Tienes que quererme.” “Es un idiota.” “¿Qué importa?” “Déjame besarte.” “¿Para qué?” Y después: “¿Ves? Es inútil. No vayas más por mi casa. No voy a salir. ¿Dónde te dejo?” Era diciembre. Los árboles sin hojas, el tráfico peor que nunca y las gentes caminando de prisa, en el viento. Le devolví el estudio a Julia y a Carlos y me fui a pasar las vacaciones con mi familia. Ahora Cecilia no había querido decirme cómo me había encontrado. “Aquí estoy. ¿Quieres venir o no?”).

Estaban arreglando la carretera frente a Tajimara y la desviación estaba llena de lodo. La lluvia era ahora un verdadero aguacero. Por las pocas calles iluminadas se veían correr ríos

---

ocres. Frente a la casa había ya tres coches estacionados; uno de ellos era el de Guillermo. Cecilia paró el suyo detrás y se arregló el vestido. La miré mirarse en el espejo. Ella se volvió hacia mí y sonrió.

–Te quiero –dije.

–No digas tonterías. Voy a casarme con Guillermo.

–¿Para qué pasaste por mí entonces?

–Decidí venir a última hora y tú eres el único que podía acompañarme.

Intenté besarla y me apartó.

–Ahora vas a portarte bien. Él no me espera. Si te interesa saberlo, todavía no me he acostado con él.

Le había entregado el estudio al padre de Carlos y desde la última vez con Cecilia no había vuelto a Tajimara.

(¿Podría haber empezado todo el relato con esa frase? Me imagino que es imposible seguirme, pero todas las historias

---

policíacas están perfectamente construidas y yo estoy harto de ellas. Tal vez ahora pueda volver definitivamente a Julia y Carlos.)

Al atravesar corriendo el jardín con Cecilia vi que la lluvia había borrado casi por completo el mural que Julia y Carlos pintaron juntos en la pared del fondo. En el corredor se amontonaban también varias telas semidestruidas. Entramos corriendo, sacudiéndonos el agua y todos nos recibieron a gritos. Guillermo miró a Cecilia asombrado y se la llevó aparte enseguida. No sé qué hablaron. ¿Qué importa? Bailaron toda la noche y yo, sentado, los miré pasar, admirando el cuerpo de Cecilia, envuelto en el vestido verde. El grupo había cambiado un poco. Estaba una muchacha que no conocía, sin pintar y vestida de negro; y un muchacho de no más de dieciocho años, rubio, con una pipa enorme colgando, apagada, de la boca; los dos críticos que habían facilitado la compra de la casa en Tajimara con dos

---



mujeres desconocidas y, claro, el novio. Éste era alto, flaco, pálido y tonto. La luz amarillenta del único foco apagaba los reflejos de la chimenea y los cristales de las ventanas repetían en el patio oscuro los movimientos de los invitados. Es todo. Cecilia y yo no tuvimos oportunidad de hablar de Julia y Carlos y ahora sólo recuerdo el parlamento de Carlos, borracho ya:

—Estamos aquí reunidos para celebrar la muerte de la soledad y el triunfo del amor, la alegría y la paz. Julia, ven a mi lado. Como dos gotas de agua, como una sola fuerza, y la lluvia se desprendió de la nube porque la unión era imposible y no podía ignorar al sol. Juntos haremos triunfar a la inocencia, y al final la princesa se casó, como en los cuentos, y tuvo un hijo antes del tiempo señalado por el uso y las buenas costumbres. Aunque eso no lo cuentan los cronistas, detrás de cada pecado hay un pecador que se esconde en las sombras y jamás

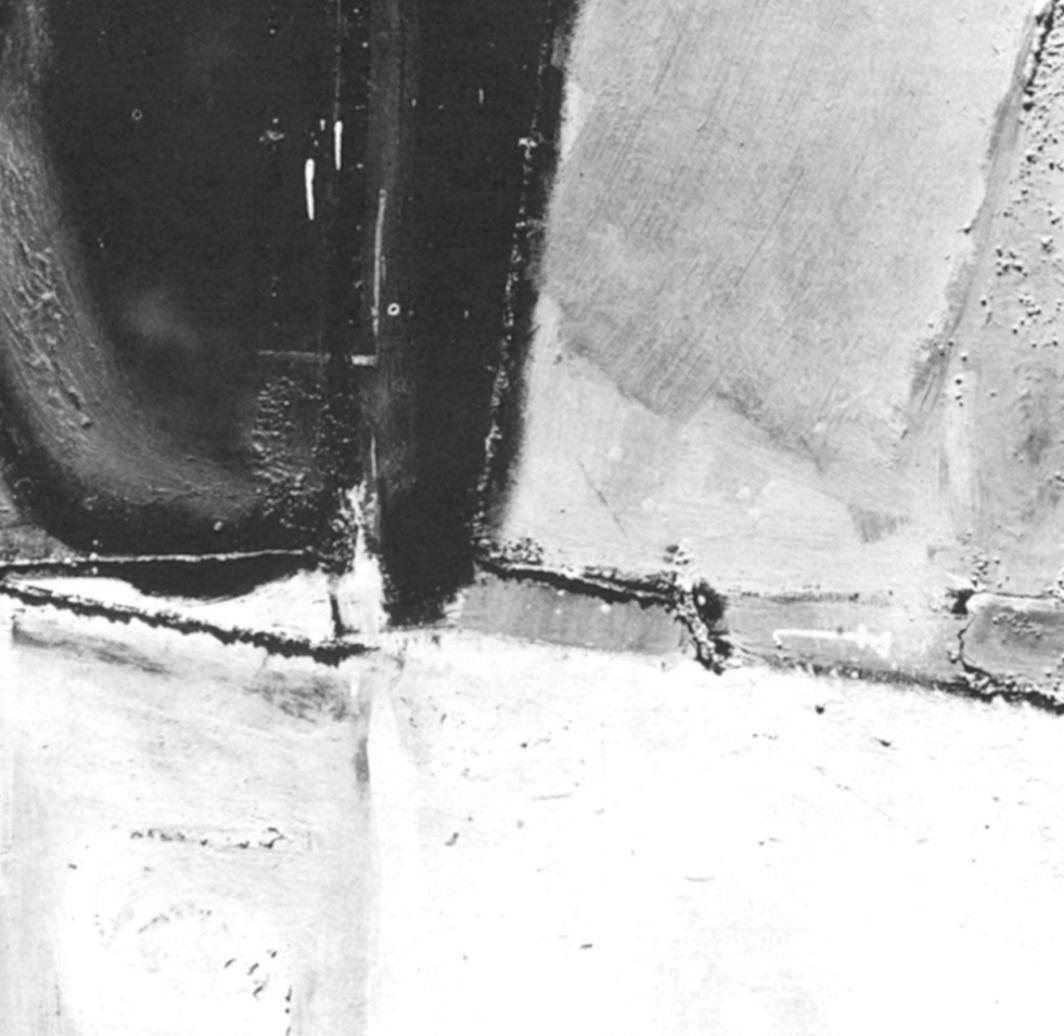
---



da la cara. El padre a veces no debe conocerse. De mutuo acuerdo los pecadores ocultan su vergüenza. Todos sabemos que en cada crucifixión hay un buen ladrón y a veces éste se queda con la gloria, triunfa sobre el Hijo y el Padre y guarda a la víctima, que ya no lo es más porque el amor ilumina sus pasos. Pero no se debe revelar la verdadera esencia de los hechos.

Por mucho que yo me extendiera no podría decir más. Julia miraba a Carlos y en sus ojos había amor antiguo y odio. De pronto él descubrió su mirada y sacó a bailar a la muchacha de negro. En la alegría, nadie lo había escuchado. Por encima de la música las goteras hacían repiquetear los cubos.

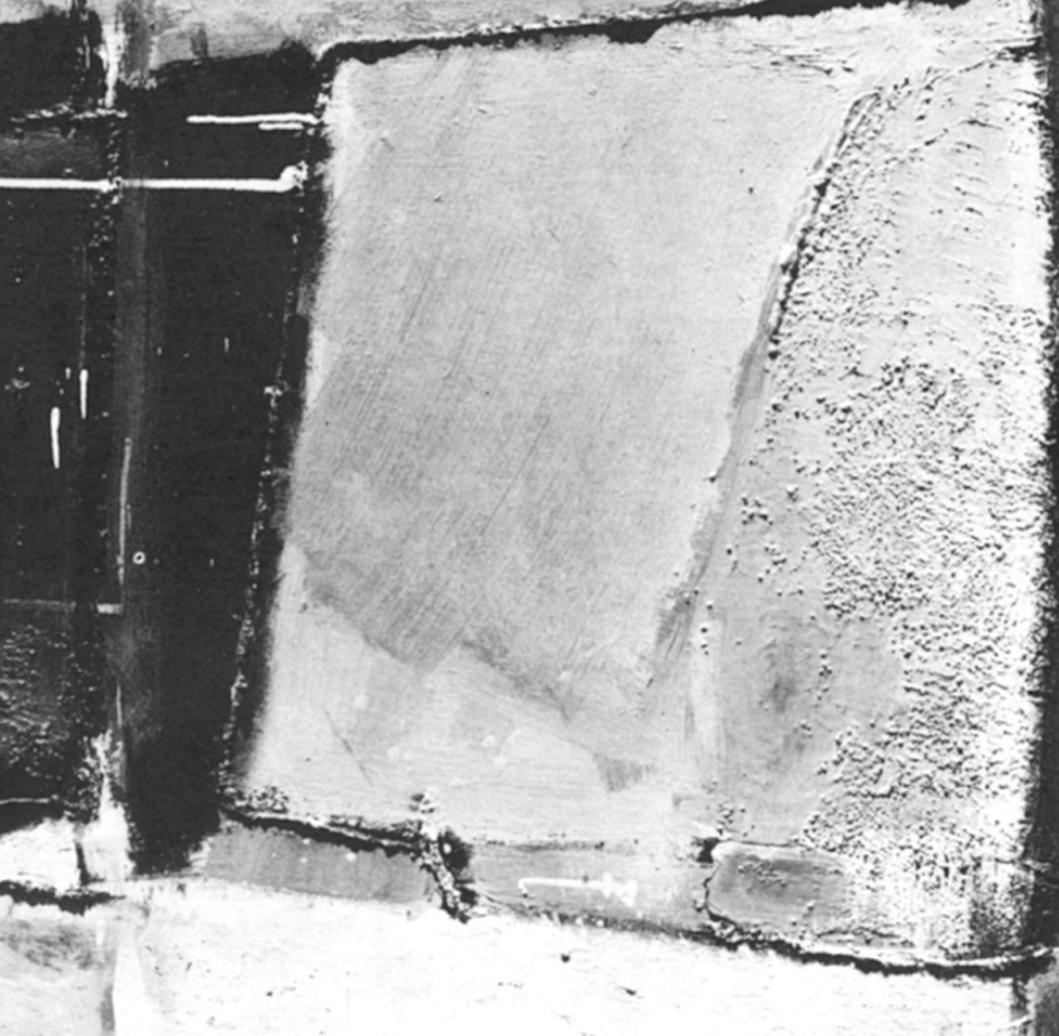
Componemos todo con la imaginación y somos incapaces de vivir la realidad simplemente. Recuerdo la destartalada y antigua casa en Tajimara, el estallar de los manzanos e higueras, la voluntaria confusión de los cuadros de Julia y Carlos, y el



---



vacío de las tardes sin Cecilia. ¿Para qué hablar de todo eso? Julia se casó por la iglesia. Fui a la boda. Vestida de novia parecía una virgen de pueblo. En el atrio, Carlos hablaba de irse a Europa. Me senté a escuchar el órgano y durante toda la ceremonia pensé en Cecilia. Al salir, la luz era deslumbrante y el sol reflejaba contra los muros amarillos el verde de los árboles. Caminé sin rumbo y sentí dentro de mí el vacío de la tarde que empezaba sin Cecilia. El sentido de la historia es lo de menos: mientras la escribía sólo tenía presente la imagen de Cecilia. Jamás podemos olvidarnos de nosotros mismos y nuestros problemas vuelven a los demás y los deforman.



---

Producción y edición: **Mauricio Molina**  
Grabación y masterización: **Rodolfo Sánchez Alvarado y**  
**David Bojorges, Estudio 19**  
Diseño: **Vicente Rojo Cama / Mariana Gatica Lechuga**  
Cuidado de la edición: **Lizbeth Suárez**

Ilustraciones y portada: **Fernando García Ponce**

Portada: *Homenaje*, 1968 (fragmento)

Interiores: *Pintura 2-66*, 1966 (fragmento)

*Imagen variable*, 1966 (fragmento)



---

*Tajimara* se publicó por primera vez en acetato en 1968  
con una presentación de Huberto Batis

La primera edición en disco compacto de VV-28 *Tajimara* de Juan García Ponce fue publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México, se produjo en SONOPRESS, una división de BMG Entertainment México, S.A. de C.V., Av. Cuitláhuac 2519, Col. San Salvador Xochimanca, 02870, México, D.F., y se terminó de imprimir en Offset Santiago, S.A. de C.V., Dr. Erazo 182, Col. Doctores, 06720, México, D.F., en noviembre de 2001. Se tiraron 2 000 ejemplares.

